

UN LEAL SERVIDOR DE LA UNIVERSIDAD

ALFONSO NIETO

Este Acto Académico en memoria del Profesor Pedro Lombardía, muestra el agradecimiento que la institución univeristaria gusta rendir a quienes fueron sus fieles servidores. Indudables razones de justicia y de afecto, mueven a decir palabras de entrañable recuerdo y homenaje; pero el dolor ante la ausencia física, pide paso al silencio hecho admiración. Hay sentires del alma que la voz no puede expresar. Sólo la mirada de eternidad, donde vida y muerte se aúnan, permite sobrevolar la pena y con el gozo de la Fe dar cauce a la gratitud por haber convivido con un universitario que fue leal servidor de la Universidad. Cuando el *Alma Mater* penetra en lo más profundo del alma humana, la inteligencia se abre en generosidad: todas las universidades son única Universidad. Bien lo supo expresar el Prof. Lombardía hace poco más de tres años, cuando puso de manifiesto su afán de «amar a la que en cada momento sea mi Universidad, sabiendo que esto sólo puede hacerse considerando que también son, de alguna manera, propias todas las universidades del mundo». En aquella ocasión rindió tributo de gratitud a la Universidad de Navarra, «en la que he aprendido —decía— que una institución universitaria puede forjarse intentando una vigorosa sintonía entre el cuidado a los más pequeños detalles de lo que acontece en el propio rincón de trabajo, y la mirada atenta —y el equipaje presto— hacia cualquier lugar de la ilimitada geografía universitaria donde exista la posibilidad de aprender, de contrastar hallazgos, de intercambiar puntos de vista en un diálogo riguroso y plural».

Fue Pedro Lombardía uno de los pioneros de esta Universidad,

pues ya en el año 1953 participó en tareas docentes. Entonces la Universidad de Navarra era un manojo de esperanzas agavilladas por la fe y el trabajo generoso. Recuerdo que pasado más de un cuarto de siglo, cuando se le concedió la Medalla de Plata de esta Universidad, me comentó: «los años son el único aval; yo sólo hice arrimar el hombro y trabajar». Ante semejante generosidad la mejor respuesta fue un abrazo de admirada gratitud; sobraban las palabras.

Como maestro y como investigador en el ámbito del Derecho Canónico, contagió lealtades porque él siempre fue leal. Respetó con singular delicadeza la libertad ajena, al tiempo que exponía con valiente decisión su propio modo de pensar. Muchas veces he ponderado que en Pedro Lombardía resultaba difícil separar sus discípulos de sus amigos; su trabajo siempre era siembra de amistad. Transmitía el placer de saber, el gozo de estudiar, con la paciencia del buen docente que antepone el aprender ajeno a cosechar frutos que redunden en su provecho personal. No puso en la fama su meta, precisamente por eso fue afamado Profesor, con ese señorío universitario que lleva a ceder el resultado del esfuerzo sin que el destinatario apenas se dé cuenta de la donación recibida.

Hay un aspecto radical en la vida del Prof. Lombardía que me parece injusto ocultar en este Acto Académico: su fidelidad a las enseñanzas de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer. Todavía resuenan en el alma de no pocos de los aquí presentes, las palabras que pronunció el día 26 de junio de 1985, precisamente en la cátedra de esta Aula Magna, con ocasión del homenaje tributado al Fundador de la Universidad de Navarra. Con filial agradecimiento declaraba: «yo mismo me he sentido personalmente estimulado en mi trabajo en el campo del Derecho Canónico, por el vigor de su palabra y de su ejemplo». Del primer Gran Canciller de esta Universidad aprendió a vivir la libertad y responsabilidad personales, asumiendo las consecuencias del arriesgado oficio de pensar. Y lo hizo con singular gracia y acierto. Es lógico que así fuera, porque cuanto más cerca se está del manantial, el agua es más pura, más natural.

Si importante es el legado de discípulos y de publicaciones científicas que el Prof. Pedro Lombardía ha entregado a la Universidad, mayor importancia tiene la profunda huella de humanidad que ha trazado. Un reflejo de esa humanidad la encontramos en su bien conocido buen humor. Intentar describir el temple de Pedro Lombardía siempre abierto a la sonrisa de la inteligencia y a la cordialidad, no es tarea fácil. Quizá pueda ayudarnos el rememorar una de sus aficiones: la fiesta de los toros.

El día 8 de abril de 1967, pronunció una conferencia en el Club

Taurino de Pamplona y —según cuentan las crónicas— fue ocasión de recreo por el buen decir y la sabiduría de sus agudas explicaciones. Entre otras cosas, describió la evolución del arte de Cúchares con estas palabras: «Antes era el torero el que giraba alrededor del toro; hoy es el toro el que gira alrededor del torero, luego se ha ganado en cuanto a mando, pero como desgraciadamente la mayoría del público —no el aficionado— valora más la cantidad que la calidad, de ahí que el resumen es mandar mucho, parar embarulladamente, y no templar nada». Me serviré de estas observaciones taurinas para aplicarlas al buen humor del Prof. Lombardía. Supo hacer que el buen humor girara alrededor de él, con calidad y finura, sabiendo *templar* con inteligencia la sonrisa del interlocutor, sin imponer ni arrollar, haciendo festivo el trabajo denso y riguroso, donando alegría serena con talante magnánimo, sin pedir nada a cambio, como buen depositario y administrador de un don que Dios le entregó. Y como Dios nunca da la espalda, hasta los últimos momentos de su vida en la tierra cultivó y conservó el buen humor asentado con firmeza en el alma, aunque el cuerpo sufra. Después de recibir la Unción de los enfermos, con la serena paz del creyente comentó a un colega de esta Universidad: «me parece que me voy a *arrimar a tablas*». Sí, buen humor hasta para morir y hacer que la natural emoción se sublime por el ánimo grande de quien fue un gran universitario, buen cristiano que paladea con sencillez y profunda sabiduría la Fe que profesa.

En ocasiones como la que hoy nos reúne, es fácil que salte a la mente una pregunta: ¿qué comentarios estará haciendo la persona a quien rendimos memoria y homenaje? No dudo que el Prof. Lombardía, de alguna manera inefable, nos está escuchando, y como era universitario cabal habrá apreciado que quien os habla ha incurrido en una omisión. El Rector todavía no ha agradecido la iniciativa de la Facultad de Derecho de la Universidad Complutense de Madrid, y de las Facultades de Derecho, y de Derecho Canónico de la Universidad de Navarra, para que se celebrara este Acto Académico. Pues bien, cuanto antes quiero subsanar esa omisión. Doy las más sentidas gracias a los Claustros que promovieron este acto, y a quienes me han precedido en el uso de la palabra. Gratitud con el recuerdo que va al cielo en forma de plegaria intercediendo por un prestigioso Profesor que en este acto debería de haber intervenido. Al Profesor Dr. Pietro Gismondi, Dios le llamó a la eterna bienaventuranza hace pocos días. Sirva este recuerdo emocionado como tributo de homenaje.

Muchas horas ocuparía aproximarnos a la densa personalidad del Prof. Pedro Lombardía, pero alargar este Acto supondría con-

trariar el espíritu del homenajeado que siempre tuvo medida del tiempo justo. Por eso voy a concluir, aunque no es tarea fácil. Lo haré no con palabras mías, sino con aquellas que, en el acto del 26 de junio de 1985, sirvieron al Prof. Lombardía para cerrar su intervención. El las refería al primer Gran Canciller y Fundador de esta Universidad. Yo quiero dirigirlas a él. Así dijo: «Ahora, el comienzo y el final, el anhelo y el logro, se funden en la contemplación de la Esencia divina. Un camino que puede resumirse en un verso, en cinco palabras de un poeta: *Navegar, navegar hasta ser agua...*».

Las palabras finales de esta Sesión Académica, no le corresponden al Rector. El Gran Canciller de la Universidad, Mons. Alvaro del Portillo, ha enviado una carta que me honro en leerlos a continuación. Es una nueva manifestación del constante afecto de nuestro Gran Canciller por cuantos integramos la Corporación universitaria. Que el agradecimiento hacia quien, por singular designio de la Providencia, es la más alta Autoridad de la Universidad de Navarra, sea la introducción a sus palabras. La carta dice así: